ELEGIA

Tristes ensueños de pasada gloria,
¿Por qué venís á contristar mi mente,
Si amarga como hiel vuestra memoria?
Dejad que busque el corazon doliente,
El corazon ya de sufrir cansado,
Un alivio al pesar que el alma siente!
De sus dichas falaces olvidado,
Quizá un momento encontrará el reposo
En vano siempre con afan buscado.
Bien pudiera otro tiempo venturoso
Gozarme en la ilusion de mi fortuna,
Y adorar aquel ídolo engañoso,
Que yo juzgaba sin mudanza alguna
De la suerte feliz al blando halago,
El astro hermoso que alumbró mi cuna!
Y no temí del porvenir aciago
El duro padecer, ni los dolores
Que causan en mi pecho tal estrago.
Así el niño que vaga entre las flores
Tras linda mariposa, sorprendido
Con sus bellos y fúlgidos colores,
Bajo el musgo no ve que está escondido
Precipicio fatal donde resbala,
Y cae bañado en sangre y sin sentido!
Solo á mi engaño mi dolor iguala;
Y sin remedio ya su pesadumbre,
En ayes mil el corazon exhala.

Mas de sus ojos la divina lumbre,
¿Quién insensible contemplar pudiera
Y de su alma el candor y mansedumbre?
¿Ni qué pecho de mármol resistiera
Al vivísimo afan de su ternura
Y á su sonrisa dulce y hechicera?
De mi hado lloraré la desventura,
Y de mi amor el ardoroso empeño,
Pero no su imprudencia y su locura.
El corazon á resistir no es dueño
Los halagos del bien, y su confianza
Abraza cual verdad hermoso sueño!
¡Mas qué mucho que amor con la esperanza
Viviera de su engaño en la porfia,
Si cuando alivios á su mal no alcanza
Halla razon y causas todavía
Para incensar al ídolo en el templo
Que ciega le elevó la fantasía!
De ingratitud y de inconstancia ejemplo
Suelo llamarla en mi delirio amante
Si su mudanza y mi pasion contemplo:
Y juro aborrecerla en tal instante,
Restañando la sangre de mi herida,
Y de placer rebosa mi semblante;
Pero á la falsa, y fiera, y homicida,
Es adorarla mi infelice suerte,
Y así la adoraré toda mi vida
Y mi pesar acabará en mi muerte.

EL CINCO DE MAYO

EN LA MUERTE DE NAPOLEON.

(DE MANZONI.)

No existe ya!... Sus pálidos despojos,
De tan sublime espíritu morada,
Yacen ¡ay! sin calor ni movimiento,
Y por siempre apagada
Aquella luz de los radiantes ojos!...
La muerte descargó su mano ruda;
Él exhalaba el postrimer aliento,
Y la tierra al saberlo quedó muda.

Atónita, pensando
Con estupor profundo
En las últimas horas de aquel hombre!...
Ignora si otro nombre
De tan grande poder llenará el mundo:
Si otro guerrero con robusta planta
Hollará, guiado por igual destino,
Los regueros de sangre en su camino.

En el solio asentado
Yo de gloria le ví resplandeciente;

Y en el polvo tambien le ví postrado,
Y otra vez levantarse omnipotente.
Hoy por siempre cayó! Pero mi Musa
Nunca mezcló su canto
A la grita confusa
De la turba mezquina
Que ya ensalzaba la espantosa ruina,
Ya de los triunfos el alegre encanto.

Léjos de vil encomio
Y de cobarde ultraje,
Al súbito desmayo,
Cuando muere del sol el postrer rayo
Se siente conmovida,
Y cerca del sepulcro alza un acento
Que en sus alas llevar no pueda el viento.

De los nevados Alpes
A las altas Pirámides se oía
El espantoso trueno
Primero que el relámpago brillara!
El terror difundia
Desde el Rhin al augusto Manzanares;
De Scilla al Tanaïs á su voz temblaron:
Donde quiera sus hechos resonaron,
Y su nombre cruzó todos los mares!

¿Fué gloria verdadera?
Penetre, si es posible, el hondo arcano
Y dé el fallo la gente venidera;
Nosotros doblarémos la rodilla
Ante el Autor Divino y Soberano

Con gratitud sencilla,
Bendiciendo su diestra,
Pues quiso bondadoso en la criatura
De sí mismo poner tan clara muestra.

Altos designios de profundo gozo
Y peligros y obstáculos cercados,
Ansias de un hombre que reinar procura
Y arde su corazon, y al fin alcanza
Aquello que cuando era una esperanza
Intento se juzgaba de locura.

Pasó todo por él! Sintió la gloria
Que da el triunfo despues de la agonía;
Fugitivo logró nueva victoria;
La corona en su sien resplandecia! . . .
Y luego fué proscrito,
Y gimió tristemente en el destierro:
Dos veces en el polvo despreciado,
Y otras dos en las aras incensado.

Desnudas las espadas,
Con orgullosas frentes
Dos siglos prepotentes
A la lid se aprestaban en su encono;
Pero su nombre oyeron,
Y á él sumisos entónces se volvieron,
Y en medio de ellos levantó su trono.

El ocio y la tristeza
Agostaron su vida,
Y descendió á la fosa

Dejando su existencia maldecida
Del vil odio y la envidia rencorosa.
Mas mojaron tambien su sepultura,
En consorcio doliente,
La piedad santa y el amor ardiente
Con lágrimas copiosas de ternura.

Como las olas que la frente oprimen
Del náufrago infeliz, y más le abaten,
Las mismas olas en que alzado al cielo,
Aunque léjos, creía
Con inútil consuelo
Ya descubrir la tierra suspirada,

Así aquella alma siente
El peso abrumador de mil memorias!
¡Qué de veces pensó contar sus glorias
A la futura edad! pero la mano
Del héroe, falto de su noble aliento,
Sobre el libro cayó sin movimiento.

¡Y cuántas veces al bajar las sombras,
Casi ya muerto el luminar del dia,
En el suelo fijando
Los ojos centellantes,
Y los brazos cruzados sobre el pecho,
Tristísimo recuerdo le asaltaba,
Y en su mente sucesos repasaba
Y los años que huyeron como instantes!

Miraba allí sus tiendas movedizas
Y los corridos valles,

El brillo de las armas, los corceles
Y las ondas que hacian
Sobre el inmenso campo en su carrera,
Y escuchaba una voz, su voz severa,
A que prontas las huestes atendian.

Tal vez cayó por tan horrible estrago
Su espíritu oprimido
Sin esperanza ya; pero el consuelo
Bajó del alto cielo,
Y del inmundo polvo fué llevado
Y á más puras regiones trasportado:

Al Eden floreciente y delicioso
En que habitan la paz y la ventura,
A los campos eternos donde el premio
Que el escogido alcanza
Sobrepuja en valor á su esperanza!
Mansion de clara luz y de hermosura,
Donde la humana gloria se convierte
En las sombras y noche de la muerte.

¡Fe divina, inmortal, que para el mundo
Eres de dicha manantial fecundo,
Aunque siempre de triunfos coronada
Muestre tu faz celeste regocijo
Y con afan prolijo
Esa historia tambien deja grabada;
Que más altiva y poderosa frente,
Ante el suplicio infame del Calvario,
Nunca viera inclinarse humildemente
Ni la edad que pasó ni la presente!

Donde yacen sus restos, Musa mia,
Vil palabra no salga de tu boca;
El que humilla y eleva,
Aflige y da su amor, sobre la roca
En que el fúnebre lecho se levanta,
A su lado fijó la augusta planta.

ELEGIA

ESCRITA EN INGLÈS POR TOMAS GRAY

Y TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO.

La triste luz del moribundo dia
Va perdiéndose ya tras la montaña,
Y con los bueyes que cansado guía
Vuelve el pobre pastor á su cabaña.

Solo turba el silencio misterioso
De la esquila á lo léjos el sonido;
El viento que conmueve el bosque hojoso,
Y de insectos que vuelan el zumbido.

Y allá en la torre abandonada y vieja,
De la pálida luna al tibio rayo,
El lúgubre gemir de la corneja,
Que del sol mira el último desmayo.

De estos olmos al pié, bajo las flores
Que dan á la campiña su belleza,
Descansan de este pueblo los mayores
En sus quietos sepulcros sin grandeza.

Y duermen para siempre en dulce sueño
Sin despertar como ántes á la aurora:
Ni el canto de las aves halagüeño
Ni la campana los inquieta ahora.

El manso fuego y la frugal comida
Prepara en el hogar la esposa en vano:
Ya no aguardan los hijos su venida
Para besar su cariñosa mano.

¡Cuántas veces á su hoz la mies dorada
Cayó en el campo, y el ansiado fruto
Llevaron luego á la consorte amada
De su ardoroso afan como tributo!

¡Y cuántas otras en el bosque umbrío
La alta encina á sus golpes vino al suelo!
En su labor los encontró el estío
Y en su labor el inclemente hielo.

¿Por qué ve con sonrisa desdeñosa
Las fatigas del pobre el opulento,
Si á su mísera vida trabajosa
Debe el tener seguro su alimento?

El tiempo no respeta los blasones,
Ni el oro, ni el poder, ni la hermosura;
Bellas damas, magníficos varones,
Todos descienden á la huesa oscura.

¿Qué importa que del pobre en el santuario
Al morir la alabanza no resuene,
Y que del blando olor del incensario
Un túmulo encumbrado no se llene?

Esa tumba de mármol revestida,
Memoria del poder y la grandeza,
No vuelve al que murió la dulce vida,
Ni lo saca del polvo su riqueza.

De estos que yacen en la tierra fría
Olvidados aquí, ¡cuántos sintieron
El noble impulso que á los triunfos guía
Y al sepulcro sin nombre descendieron!

Tal vez la lira del cantor troyano
De nuevo hicieran escuchar al mundo;
Ó la espada de César en su mano
Llenara el orbe de estupor profundo!

Vivieron ignorados, y ha cubierto
El olvido sus dichas y pesares:
Así vive la flor en el desierto
Y la perla en el fondo de los mares.

Mas si pasó cual humo su memoria
Y no brillan con ínclitas hazañas,
Tampoco de sus vicios con la historia
Manchan hoy el candor de las cabañas.

Léjos de orgullo y de ambicion, sus dias
Vieron correr en deliciosa calma;
Y en inocentes juegos y alegrías
Gozaron siempre de la paz del alma.

Esa humilde inscripcion, al pasajero
Que contempla este plácido retiro,
Solo pide con modo lastimero
Un recuerdo para ellos, y un suspiro.

Yo que al ver sus sepulcros he mojado
La tierra con mi llanto doloroso,
Bajo el musgo y las flores de este prado
Tambien encontraré dulce reposo.

Y anciano mayoral acaso un dia
Con rústico ademan y voz pausada,
Así referirá la historia mia
Al que fije en mi huesa su mirada:

"Mil veces yo le ví cuando en oriente
El sol empieza á derramar su lumbre,
Subir del monte á la elevada cumbre
Con grave paso y abatida frente.

Y sentábase allí bajo la encina
Apoyando en sus manos la cabeza,
Que tal vez aliviaba su tristeza
Viendo correr la fuente cristalina.

Y mil veces del bosque en la espesura,
Por la tarde le oía dar al viento
Tierna cancion con amoroso acento
Miéntras bajaba la tiniebla oscura.

Y una tarde pasó y una mañana
Y otra y otras tambien sin que pudiera
Hallarle en mi camino porque era
Vano mi afan y mi esperanza vana.

En su pobre sepulcro ya dormia
Libre al fin de su pena congojosa;
Y en el sitio que veis, sobre su losa
Este sentido verso se leía:

EPITAFIO.

De infortunado jóven los despojos
Yacen aquí sin el mundano brillo;
Dió á la amistad su corazon sencillo,
Dió á la pobreza el llanto de sus ojos.
Escudriñar no quieras de su vida
La historia pesarosa y escondida.
De Juez incorruptible en la balanza
Las virtudes se pesan y los vicios;
Y del Señor los insondables juicios
Jamás el hombre á penetrar alcanza."

EL DIA DE MUERTOS

Leyenda alemana por Luis Schreiber.

A MI QUERIDO HERMANO JOSÉ MARIA.

No doraba la luz el horizonte,
Que oscuro estaba el cielo,
Y espesa y parda niebla se extendia
Por el llano y el monte
Como fúnebre velo
Sobre la tumba fría:
Era de los difuntos aquel dia.

De tranquilo y humilde monasterio,
En medio de los bosques fabricado,
Vióse un monje salir, que la cabeza
Apoyaba en el pecho, y la tristeza
Revelaba en el rostro y el cuidado.

Atravesó la vía silenciosa,
Ya despojada de su alfombra hojosa
Al ímpetu del viento,
Por troncos y ramajes penetrando;
Y ocupado del vivo sentimiento,
Así en su corazon iba pensando: